

SER SAL Y LUZ SIN PERDERSE

5º domingo ordinario (8 de febrero de 2026)

(Is 58, 7-10 ; 1 Co 2, 1-5 ; Mt 5, 13-16)



En el Evangelio de este domingo, Jesús nos dice dos frases sorprendentes: "Usted es la sal de la tierra" "Usted es la luz del mundo" Él no dice: "Trate de llegar a ser", ni "Haga esfuerzos para serlo". Él dice: "Ya lo eres." Esa es tu identidad. Esa es tu vocación.

Sin embargo, a menudo hemos entendido estas palabras como una llamada a "salvar al mundo", a corregir, iluminar, condimentar todo lo que nos rodea.

Como si el mundo fuera totalmente soso y oscuro. Pero Jesús dice otra cosa: Él nos pide sobre todo que no perdamos lo que somos.

La sal, tanto en la Biblia como en la vida cotidiana, sirve para dos cosas: da sabor y evita que la comida se estropee. Una sal que pierde su sabor ya no sirve para nada. Del mismo modo, un discípulo que pierde su identidad, que se diluye, que se vuelve tibio, ya no aporta nada al mundo.

Pablo dijo a los Colosenses: "Que tus palabras estén llenas de gracia, saladas." En otras palabras: Que tu manera de hablar, de actuar, de ser, da sabor a la vida.

Ser sal no es "salar a los demás", imponerles nuestras ideas o nuestros ritos. Ser sal es ser uno mismo, con rectitud, con bondad, con verdad. Es vivir el Evangelio de tal manera que la vida a nuestro alrededor se vuelva más humana, más sabrosa y más bella.

La luz no hace ruido. No obliga a nadie. Simplemente ilumina. Jesús dijo: "Una ciudad en una montaña no puede ser ocultada. "No se enciende una lámpara para ponerla debajo de un recipiente."

Ser luz no es brillar para uno mismo. No es llamar la atención. No es hacer proselitismo. Ser luz es dejar que Dios se manifieste en nuestros gestos, en nuestras elecciones, en nuestra forma de vivir. Es iluminar sin aplastar. Es guiar sin dominar. Es mostrar el camino sin obligar a nadie a tomarlo.

Nuestra sociedad es múltiple, rápida, a veces confusa. Los valores cambian, las ideas circulan, las creencias se venden como productos. Uno puede fácilmente perderse, dejarse llevar, o al contrario replegarse sobre sí mismo.

Pero Jesús no nos pide ni huir del mundo, ni luchar contra él. Nos pide que estemos presentes, plenamente, sin perder nuestra identidad. La sal se difunde. La luz irradia. Ninguno de los dos se impone.

En una sociedad multifacética, globalizada, donde todo se entrelaza, nuestro papel es aún más importante: impedir el despilfarro, evitar la confusión, preservar lo que es bueno, iluminar lo que es verdadero, revelar la presencia del Padre misericordioso. Y esto no se hace con palabras, sino con hechos. Jesús dijo: "Que se vean tus buenas obras, y que conduzcan a la gente a glorificar a tu Padre." No nosotros. No nuestra comunidad. No nuestra imagen. El Padre.

Ser sal y luz, no es hacer más. Es ser verdad. Es ser fiel. Es ser coherente. Es negarse a volverse pálido, borroso, tibio. Es resistir incluso cuando somos criticados, incomprendidos, rechazados. Es mantener la alegría, la dignidad, la paz interior.

También yo me presenté a vosotros
débil y temblando de miedo
(1 Co 2,3)



El mundo no necesita discípulos que se escondan, ni discípulos que se diluyan, ni discípulos que se impongan. El mundo necesita discípulos que irradien humildemente, que den gusto, que iluminen sin juzgar, que revelen a Dios sin imponerlo.

Entonces, hermanos y hermanas, permanezcamos en lo que Jesús dice que somos: sal de la tierra, luz del mundo.

P. Willi SELMAN, smm

